

democratizar a los ciudadanos y a los productores. A eso llama “democratización integral”, resultado de un sistema de poleas de transmisión, en donde una de las piezas, “los soportes estructurales”, también saldrán fortalecidos, todo para salvar el destino democrático nacional. Sostiene finalmente, que el sistema político no es obra exclusiva de los sectores dominantes, sino del resultado de los avances y retrocesos de sectores populares en busca de un tipo de sociedad más justa y racional, más humana y solidaria. Este libro mereció el premio nacional, recientemente, en la rama de Ensayo, “Aguileo J. Echeverría”. Sin ser politólogos, nos hemos atrevido a realizar una brevísima semblanza de un libro que debe ser objeto de discusiones y cuestionamientos, todo para revisar y enriquecer, un tema que es de suyo prioritario en la vida del país.

## LA ENCRUCIJADA HISTORICA ANGLOSAJONA\*

Cuatro partes, un prólogo de Leopoldo Zea y una interesante bibliografía forman el cuerpo de este nuevo libro de Ortega y Medina.

Nadie mejor que Zea, latinoamericanista por excelencia —ya que lo es indudablemente por la convicción que da la vivencia de los hechos— para prolongar un libro que se refiere a la América anglosajona; por si alguien lo dudaba el ensayo del doctor Zea viene a corroborar que el estudioso de los asuntos latinoamericanos no puede ignorar, como se hace sistemáticamente, la historia del país del Norte; aún más, sin el conocimiento de aquélla, jamás será inteligible el proceso latinoamericano.

*La lectura de este manuscrito me abrió un extraordinario horizonte —escribe Zea— para la comprensión de las ideas en Latinoamérica, pero también, y esto es a mi parecer lo más importante, el de la comprensión del mundo contemporáneo, de mi mundo (p.14).*

Creo que es una breve y sabia lección para los airados jóvenes candidatos a latinoamericanistas, que han optado por ignorar despectiva y rabiosamente la historia de los Estados Unidos y todo lo que a ésta se refiere.

Ahora bien, yo diría que La evangelización puritana en Norteamérica, no es un libro de historia de los Estados Unidos, ni de historia del mundo anglosajón, ni de historia de las ideas, es simple y ejemplarmente un libro de historia a secas, cosa que parece fácil, pero que implica, ni más ni menos, el conocimiento absoluto del oficio.

Pienso que es temerario reseñar un libro así, como no sea a base de señalar, de modo general, algunos de los resultados a que debe conducir su lectura.

La línea de especialización de Ortega y Medina marca desde su juventud una secuencia sin indecisiones, es una secuencia firme que tenía que llegar por fuerza a los sazones-resultados que hoy nos presenta. Ortega es un especialista que pondría en graves aprietos a quienes tratarán de definirlo ciñéndose a la estrechez de divisiones, pretendidamente dueñas y señoras en exclusiva, de los métodos que hacen de la historia una ciencia: historia cuantitativa, historia económica, historia social, y quién sabe cuántas cosas más; es un especialista, pero no al estilo de los que nos bombardean hoy por todos lados con múltiples demostraciones editadas de que cada día saben más de cada vez menos.

Es un alivio encontrarse ante un libro de historia —ciencia humanística, ciencia del hombre, ciencia de la sociedad— que no trata de descomponer el hecho histórico con elementos “química-mente” puros y de contar en probetas cada uno de ellos; no es que no sea importante saber cuántas proteínas ingerían los marinos ingleses del siglo XVI, cuántos cueros de vacuno se usaban para calzarlos y cuánto costaba cada uno, quien hace esto es por supuesto un especialista perfectamente definido, es un especialista en costos de calzado, que sustentaba a los creadores del imperio inglés, o es un especialista en la historia de las libras de carne, que determinaron la audacia naviera.

\* Ortega y Medina, Juan A. La evangelización puritana en Norteamérica. México, FCE, colección Tierra Firme, 1976, 342 pp. ilustr. mapas.

Todo sirve, es útil y necesario, pero . . . bendita la hora en que hay quien puede hacer una historia articulada en todas las coyunturas de su tiempo, quien es capaz de recrear en dinámica acción toda una etapa del pasado y de dejar el camino expedito para traerla hasta las más contemporáneas consecuencias.

Ortega se ha dedicado a estudiar esa endemoniada y “santa” encrucijada en la que se encontraron el imperio español, el imperio inglés y el imperio norteamericano, cada uno en diferente periodo de su desarrollo: uno en pleno poder, otro en competidor esfuerzo por alcanzarlo, otro no más que en embrión. Ha movido en conjunto todos los hilos de una acción sinérgica para dibujar ese lapso histórico en el que de muchas maneras nosotros estamos insertos, como de algún modo lo está todo el globo cuando de hegemonías modernas se trata.

Se ha hecho vicio la costumbre de ver a los Estados Unidos como el gigante de la técnica y de la industria, o tal vez mejor sería decir, como a una mera cosa gigantescamente técnica e impresionante, pero nada más; ver las cosas así es no entender, y lo que es peor: no querer entender, un país con el que vivimos, sin remedio, la más agobiante de las cercanías.

El libro que comentamos tiene la “magia” de sacar a flote la tercera dimensión, el fondo histórico de la nación norteamericana; mete a los Estados Unidos en el marco que tanto se le ha regateado—y que por lo tanto es tan poco conocido— de un pasado histórico pleno de contenido filosófico, abarrotado de ideas, de pensamiento en acción, de abstracciones teológicas, de creatividad, etcétera.

No podría hacer una cita concreta al respecto, porque es la lectura de todo el libro lo que nos conduce a ello.

Pero como dijimos antes, éste no es únicamente un libro de historia de los Estados Unidos, es un libro acerca de los Estados Unidos imbricados en un acontecer mundial, explícita o implícitamente conectados con toda la cultura occidental, de manera directa o indirecta ligados a hechos históricos habitual y artificialmente adheridos en exclusiva—por la ignorancia histórica— a sólo ciertos países en sólo ciertos momentos. Es el caso de la leyenda negra, que al igual que una larga serie de hechos históricos ha sido manipulada con sagacidad o falacia y ha quedado o bien relegada en el olvido o bien incluida en el contexto de la historia de modo

tal que no pasa de ser un puro incidente sin trascendencia.

La lectura del capítulo “Santos y puritanos en Norteamérica”, incluso ilustraciones y notas (pp. 21-124) sería suficiente para hacer comprender la leyenda negra —a quien sabe leer historia, que es cosa también difícil— como la enorme intriga internacional que fue y que trasciende hasta nuestros días, y no como un mero problemilla doméstico —típico chisme o chunga— traído a colación por españoles dolidos o como tema de estudio de uno que otro anglosajón animoso de justicia y de objetividad; en las páginas de nuestro libro están contenidas, sin que se digan, todas las sutilezas que usó la propagandística antiespañola, todos los hilos con los que estuvo conectada y todos los afluentes que aumentaron su volumen y su fuerza aun sin pretenderlo.

El atrayente mundo pintado por John White, la portada del libro de Vespucio hecho en París, las ilustraciones de la *Cosmographie Universelle*, todo aquello que exponía una edénica tierra (pp. 28-29) y un espléndido e inmaculado salvaje era una buena razón sobre la que asentar cualquier imprecación consciente o subconsciente en contra de España, como lo era igualmente la teoría de Calling (p.45), las “libertades políticas tan caras a Dios” (p.51), las “originalidades” lascasianas de Roger Williams (pp. 98-99), etcétera.

Ortega y Medina no trata la leyenda específicamente, pero nos la deja nítida; era un estado de ánimo o una atmósfera, estaba en los barcos, en los libros, en las consejas callejeras, en los talleres artísticos, en los salones cortesanos, en las juntas de estadísticas, en los muelles, en todos lados; fue—sin duda— acabada muestra de lo que sería una de las más geniales creaciones del capitalista mundo anglosajón: la publicidad y la propaganda.

Rica veta en las páginas que nos ocupan es también la posibilidad que abre a la reflexión y aún a la imaginación, los varios retos que pone ante el investigador a través de ciertas preguntas:

*. . . ¿la simpatía estadounidense ante este excepcional y desorbitado personaje hispánico (Bartolomé de las Casas) no será asimismo, por cierto, y dejando de lado ahora las implicaciones propagandísticas antiespañolas (Leyenda Negra) que nos salen al paso, un modo de compensar la íntima conciencia de inauténtica america-*

*nidad o impermeabilidad, hasta hoy, frente a lo indígena? (p.51).*

Una fase de otro problema de alcance universal se aclara en este primer capítulo, en el que se aborda eruditamente por sobre la complicada trama de todas las sectas —puritanos, calvinistas, cuáqueros, bautistas, protestantes— las no menos complicadas relaciones espirituales entre europeos e indios que se redujeron, al fin y al cabo, a un común denominador puritano-pragmático para todas las relaciones internacionales entre Estados Unidos y el resto del mundo; el de pagar en dinero por todo, el de dotar de carácter legal a cualquier trato o base de operaciones de “compra” más que de compra-venta, lo que pone a los Estados Unidos a salvo de la sospecha de haber quitado algo a alguien (p.112).

El segundo capítulo —“Rescate y salvación por la letra”— engloba también seriesísimos problemas históricos en unas cuantas líneas; confieso que en verdad a veces no sé si hay cierta ironía en estas supersíntesis que encierran procesos de cientos de años:

*En cuanto a sacrificios, entusiasmo, sufrimientos y sobre todo celo misionero, los evangelizadores puritanos de la Nueva Inglaterra, no desmerecen nada junto a los españoles que actuaron en Hispanoamérica . . . se pueden codear sin ningún demérito, salvando tiempo, distancia, temperamento, política eclesiástica y contextura espiritual con los evangelizadores hispanos más delicados y egregios. . . (p.125).*

En las salvedades que señala el autor hay historia de siglos.

Si remontáramos los tiempos de la historia inglesa y la española (¿necia deformación profesional mía de espiar siempre hacia atrás y hacia atrás?) encontraríamos desde la alta Edad Media actitudes que ya evidenciaban un modo distinto de ver y entender la vida; Hermenegildo tuvo que ser eliminado porque se oponía a las imposiciones políticas, sociales y religiosas de su padre, en España el disenter de un príncipe se pagó con la vida; en Inglaterra, por la misma época, era pan de todos los días cierta convivencia pacífica de reyezuelos cristianos y paganos; hay quizá en todo el proceso inglés hasta la expansión moderna un “vivir y dejar vivir” tal vez conformado entre otras cosas por

cierta seguridad insular, agredida sí, pero en relación proporcionada a la dificultad de acceso; España por el contrario, tenía menos posibilidades de seguridad, configurada por la geografía como fin del mundo antiguo, fue señuelo legendario, fue puerta y balcón, por un lado, hacia el misterio de un mar aterrador, y, por otro, hacia la prosperidad de un histórico y concurrido mar Mediterráneo, fue siempre terreno propicio a la acción erosionante de constantes invasiones y explotaciones de sus recursos.

Así pues, la distancia que hay que salvar para entender a unos (evangelizadores puritanos) y a otros (evangelizadores católicos) es de origen, es de nacimiento.

De Andremios y Robinsones el bello y sesuso estudio del Dr. Ortega y Medina, leído el día de su ingreso a la Academia Mexicana de la Historia, es muy ilustrativo al respecto.

“El mandato evangélico y la destrucción de los indios” (p.125). “El Colegio Indiano de Harvard” (p.167), “Las Compañías o Sociedades misioneras” (p.184), todo el misionerismo en Norteamérica nos está hablando de la imposibilidad de entender la realidad de Estados Unidos sin el apoyo del conocimiento de un proceso histórico que se autojustifica con postulados éticos, con dogmas religiosos.

Muy interesante y totalmente a tono con lo dicho antes, es la continuidad que establece Ortega y Medina a lo largo de la tercera parte (“Los enemigos de la evangelización puritana”); en ella se siguen varios de los pasos que perfilaron la “excepcionabilidad americana” y el lector puede ir desde “la obsesiva inspiración” de que Nueva Inglaterra era “la Nueva Jerusalén” o “La Nueva Sión” (p.206) hasta la declaración de Adams en 1765 respecto a que “la colonización inglesa, ya triunfante había sido intentada providencialmente para libentar a todos los habitantes del planeta” (p.211). Del insular nacionalismos inglés a la convicción del destino universal que el Todopoderoso reservó para los norteamericanos, hay una línea con quebras, pero que jamás se rompe.

Los ingleses rescatan su isla de las supersticiones papistas, que entre otras cosas —además de sánicas— son romanos, los colonos puritanos con fenomenal asepsia espiritual quieren rescatar de lo mismo a los indios, pero temen enormemente el contagio que puede ocasionar el intento.

Con la sostenida maestría con que Ortega nos entrega reducidas a lo comprensible enormes com-

plicaciones históricas, enfrenta la fría y razonada actitud del evangelizador del Norte al “tocotinear de los indígenas delante de las imágenes cristianas” en los dominios españoles, y con esto, sin más revaloriza la historia hispanoamericana, la revaloriza en lo que tiene, de “estética verdad” (p.225), que es lo que sí tiene a despecho de los que quieren convertirla en una pragmática, rica y próspera falsedad.

A partir de aquí, siento que el autor se crece y su ironía se hace más potente y más fina, ciertamente siempre avalada por erudito aparato crítico; “. . . los engaños y bellaquerías papistas engatusadoras” (p.228), los apotos de los “nuevos santos” ante las insinuaciones de “jovencitas destinadas expresamente a calentar su sueño” (p.243), la negra perfidia jesuita (p.216), el indio “diabólico y degradado” condenado sin remedio (p.241) todo ello enunciado bajo sugestivos subtítulos “Cristianografía utópica y justificación misional” (p.205); “Incubos y súcubos; Racismo teológico” (p.242), “Una luz epicúrea en la tiniebla moral puritana” (p.250), etcétera, encierra una explicación muy válida, por lo que significa como antecedente directo, de actitudes que los estadounidenses no han podido vencer, tal es el caso de la discriminación al estilo norteamericano.

Desfilan por el libro de Ortega también los franceses, y su forma elegante y conveniente de enfrentar a los nativos, ya que sabían que “el poder de Francia en el Nuevo Mundo se mantendría o desaparecería de acuerdo con su habilidad para ganar y guardar la alianza indígena” (p.280).

De este modo redondea el autor el paisaje lleno de vida de un mundo preocupado, atormentado casi, por la inclusión de los indios en la antesala —por lo menos— de la gloria eterna.

En la última parte de *La evangelización puritana . . .* escrita bajo el título de “Desarraigo telúrico y americanidad insuficiente” (p.290), el doctor Ortega y Medina, ya sin comedidas cortesías, pero siempre con pruebas históricas, nos da una síntesis crítica comparativa de lo que —como aportación humana sin más— es decir, humana sin intromisiones de oferta y demanda, humana sin colores de lucha de clases, humana sin mambres —significó la tarea evangelizadora en los ámbitos hispánico y anglosajón; Ortega no puede —porque además no quiere— evadirse de una lucha intelectual para que la historia coloque a cada quien donde es justo, y para ello pide conocimiento mutuo, lealtad, clari-

dad, “constructiva”, “limpia y revisada comprensión” (p.323), y así, casi por gravedad, el historiador científico y erudito, sin dejar de serlo, cae en el campo de las ambiciones más hidalgas; ambiciones nobles e ilimitadas que también quedan claras en la bibliografía que presenta.

Esta es signo de una envidiable conciencia histórica que patentiza que nuestro autor rebasó hace mucho —para ser más universal— las estrechuras de los criterios dogmáticamente nacionalistas doctrinados o historiográficos; allí están para probarlo, Sahagún, Zea, Prescott, O’Gorman, Voltaire, Bataillon, Calvino o San Agustín.

### EDITORIAL TECNOLÓGICA ENTREGO SU PRIMER LIBRO

En un acto realizado en la biblioteca del Instituto Tecnológico de Costa Rica (ITCR), la editorial de esa institución entregó su primer libro al mercado nacional e internacional. Se titula “Tecnología y desarrollo”, y es obra del Ing. Francisco Papa Blanco.

En la ceremonia estuvieron presentes diputados cartagineses, el Ing. Vidal Quirós y el Ing. José Joaquín Seco, rector y vicerrector respectivamente del Tecnológico, lo mismo que los señores Rogelio Coto, vicepresidente del consejo del ITCR, Mario Castillo, director de la editorial del centro de enseñanza y la Dra. Vivian Rivera de Solís, representante de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación la Ciencia y la Cultura (UNESCO) que a la vez representó al autor de la obra.

El Ing. Papa Blanco, de origen uruguayo, es un experto de la UNESCO en ciencia y tecnología, y en 1978 fue asesor del ITCR.

Mario Rojas Vega, en representación de sus compañeros diputados, destacó la labor desarrollada hasta el momento por el ITCR. Participaron además los diputados, Mario Coto, Martín Brenes y Carlos Solano.

En la segunda feria nacional del libro que se desarrolla actualmente, está en venta la obra del Ing. Papa Blanco; la presentación oficial del volumen será en el Teatro Nacional, dentro de las próximas semanas.